

CAPITULO XIV.

Donde se ve cómo se rompieron las hostilidades entre españoles y mexicanos.



GUACOLANDO acudió al llamamiento de Moctezuma.

—He resuelto, le dijo el monarca, no asistir á la fiesta.

—¿Cómo, señor! ¿Habeis tomado esa determinacion?

Vais á dar un dia de luto á vuestro pueblo.

—Si son ciertas mis noticias, él es el que quiere perderme.

—¿Qué decís?

—Vais á ser leal conmigo. ¿Qué proyectos abrigais contra los españoles?

Guacolando retrocedió algunos pasos al verse descubierto.

—¿Con que no me han engañado? añadió Moctezuma. ¿Con que habeis conspirado contra mis amigos, contra mis huéspedes, á quien he jurado fidelidad y proteccion.

—Señor, exclamó Guacolando, el pueblo está indignado al veros en su poder, y quiere á toda costa arrancaros de sus manos.

—Recurriendo á la fuerza, ¿no es verdad? ¡Ah! Es necesario que ahora mismo partais en busca de los que han concebido ese descabellado plan.

Si no renunciáis á él, si la fiesta no continúa, yo saldré á ponerme al frente de mi pueblo; pero no para atacar á los españoles, sino para perseguiros á vosotros, mis desleales consejeros, y daros el castigo que merecis.

—Obedeceré vuestras órdenes. Pero los españoles saben....

—Lo ignoran todo, dijo Moctezuma. Yo solo sé vuestro plan, porque nada de lo que pasa en México se oculta á mi penetracion.

Es necesario que ellos ignoren siempre ese infame proyecto, porque tendrian derecho para despreciarme, al ver que mientras ha habido muchos he sido fiel, y cuando han sido pocos he consentido en ser traidor.

Guacolando, resuelto como estaba á jugar el todo por el todo, al separarse de Moctezuma corrió á buscar á sus amigos.

El pueblo al verle le acosó á fuerza de preguntas.

Guacolando se dirigió al templo de Huitzilopoztli, en donde estaban esperando los jefes de la conjuracion.

—Moctezuma ha sabido todos nuestros planes, les dijo.

—¿Y los aprueba?

—No; los rechaza, los condena.

—Tanto peor para él.

—Ha resuelto no asistir á la fiesta, añadió Guacolando.

—Esa resolucion irritará al pueblo, y lo tendremos más de nuestra parte.

—Sí; pero es que ha amenazado con ponerse á la cabeza de los mexicanos si intentan asaltar el cuartel donde habita, no para atacar á los españoles, sino para perseguirnos á nosotros, porque ya sabe quiénes somos los que hemos combinado la sorpresa que preparamos á los extranjeros.

—Cuanto intente hacer, eso será tarde, dijo uno de los conspiradores

—Mejor seria desistir.

—¡Desistir! exclamaron la mayor parte de los circunstantes.

—De ningun modo; es necesario decir al pueblo que Moctezuma no asiste á la funcion, porque los españoles se lo han prohibido; y ya que está todo preparado, consúmese nuestro proyecto.

—Sea en buen hora, puesto que así lo quereis, dijo Guaco-

lando, doblegándose á la voluntad de la mayoría de aquella asamblea; pero tened presente que los españoles ignoran nuestro pensamiento.

—Razon de más para dar el golpe.

—¿Y qué debemos hacer?

—Permanecer aquí nosotros para dar órdenes. Llamar á aquellos de nuestros amigos que tienen influencia sobre el pueblo, decirles que estén prevenidos para concitarle al combate, referirles lo que pasa, y hacer que reanimen el valor de sus hermanos, presentando á sus ojos en extrema aflictiva la situación de Moctezuma.

Así lo hicieron, y mientras conversaban en el templo los encargados de llevar á cabo el plan de la conjuración, se oyó de pronto un sordo rumor entre la muchedumbre.

Aquel rumor lo produjo la llegada de los españoles, que guiados por su capitán Pedro de Alvarado, se dirigieron á la plaza de Tlatelulco, prevenidos, pero aparentemente movidos por la curiosidad del espectáculo.

Apénas llegaron á la plaza, los espías de los conjurados entraron en el templo para anunciar su llegada.

—¿Qué actitud presentan? preguntó Guacolando.

—Van armados como de costumbre; pero parece que no les mueve la curiosidad.

—En ese caso, lo que conviene es que continúen los juegos para distraerlos, y mientras tanto que vayan poco á poco los mexicanos á coger sus armas, para que en el momento en que nos vean á todos presentarnos en el pórtico del templo ataquen á los españoles, y mientras unos luchan con otros se acerquen los demás á su cuartel, penetren en él, saquen á Moctezuma de allí y consigan el triunfo.

Estas órdenes se obedecieron.

Los agentes de aquellos conspiradores previnieron á sus amigos.

Los juglares continuaron sus vistosos ejercicios.

Los españoles, que aguardaban de un momento á otro la embestida, se retiraron á un punto desde el cual podían, luchando, retroceder en caso necesario hasta su cuartel.

Alvarado habia dejado algunos soldados prevenidos para defender la entrada, y en las calles del tránsito tenia tambien escalonados algunos hombres para que le guardasen las espaldas.

Serian las cinco de la tarde, cuando las mujeres empezaron á alejarse.

Uno de los españoles, que espiaba las casas del barrio próximo al cuartel, anunció á Pedro de Alvarado que muchos mexicanos entraban en las casas, sin duda para proveerse de armas.

Hemos dicho ántes que habian asistido á aquella función todos los mexicanos adornados con las más ricas joyas.

Alvarado conoció que por una parte la sorpresa, y por otra la esperanza de lucro en sus soldados, eran los únicos medios de obtener el triunfo.

Acercándose á ellos, les dijo:

—Se aproxima el momento de castigar á estos infames, que desean destruirnos; rico botín os ofrece la victoria.

Ya veis cuántas joyas, cuánto oro llevan encima esos hombres y esas mujeres.

Si les cogemos la acción, huirán aterrorizados.

¿Estais dispuestos á luchar y á vencer?

Todos contestaron afirmativamente.

—Pues bien; diseminémos ahora, mientras acaban los juglares los ejercicios que están haciendo.

Apénas terminen dispararemos los arcabuces sobre la muchedumbre.

Todos avanzaremos hácia el centro, retrocediendo despues hácia nuestro cuartel, para si vinieran mal las cosas, poder retirarnos á él y hacernos allí fuertes.

Las órdenes de Pedro de Alvarado fueron obedecidas.

Diez minutos despues terminaron los juglares los ejercicios, y comenzaron las músicas á llenar el espacio con sus desacordados sonidos.

La música cesó instantáneamente, porque á un tiempo dispararon cincuenta hombres sus arcabuces sobre la muchedumbre, y sorprendidos los mexicanos, comenzaron á correr espantados, confundiéndose con sus voces los ayes dolorosos de los que habian quedado heridos en el suelo.

Las detonaciones, las carreras, las voces, sorprendieron á los conspiradores que se hallaban en el gran templo.

Todos se presentaron en el pórtico, y al ver lo que pasaba, corriendo á calmar á los que huian, gritándoles todos:

—A buscar armas y á luchar con ellos.

Los que volvian armados hicieron frente á los españoles.

Muchos de los que habian huido corrieron á buscar armas.

Los soldados de Pedro de Alvarado mataron más de doscientos indios, se apoderaron de sus joyas, y parecian resueltos á luchar contra aquella numerosa masa de hombres, que no tardó en presentarse á su vista.

Alvarado conoció cuán difícil iba á ser destruir aquella numerosa falanxe de mexicanos, y ordenó la retirada, logrando, gracias á su pericia y al alcance de sus armas, entrar en el cuartel con toda su gente, cerrar las puertas, hacerse fuerte desde allí, y contener el ímpetu de los desesperados mexicanos, que á toda costa querian asaltar el edificio, gritando:

—Dadnos á Moctezuma, dadnos á nuestro rey.

Moctezuma corrió á buscar á Pedro de Alvarado apenas supo lo que pasaba.

—Dejadme presentarme á mi pueblo; mi presencia le calmará, exclamó.

Pedro de Alvarado desoyó sus súplicas, y temeroso de que su presencia excitase más el odio de los mexicanos, le obligó á que volviera á su habitacion y le encerró en ella, poniéndole centinelas de vista.

Los jefes del iritado pueblo comprendieron que los españoles, libres de sus flechas, y disparando sus arcabuces, matarian mucha gente, y dieron orden para que cesase el ataque.

Las hostilidades estaban rotas.

El pueblo necesitaba venganza.

Moctezuma habia abandonado á los mexicanos.

Una vez las cosas en este estado, el príncipe de Iztacpalapa, que aunque no de una manera ostensible dirigia la conspiracion, dispuso que se formase el vacío en torno del cuartel de los españoles, y que miéntras tanto permanecian encerrados, agotando sus víveres, se dispusiesen todos para sitiar aquel fuerte y realizar el plan que entónces habia fracasado.

Desde el momento en que Alvarado supo los planes de los mexicanos, avisó á Hernan Cortés, pidiéndole refuerzos.

Nuestros lectores recordarán en qué situacion confió Ilbialbi á Hernan Cortés lo que pasaba.

El jefe del ejército español, sin dormirse sobre los laureles que acababa de obtener, se dispuso á correr en auxilio de Pedro de Alvarado.

Donde se vé á Moctezuma abatido por completo.



o creyó oportuno Hernan Cortés llevar á México aquel numeroso ejército que la victoria le habia proporcionado.

Encargó de nuevo á Gonzalo de Sandoval que custodiase la colonia de Veracruz, y despues de dejarle bastantes hombres para que cuidasen de las naves y para que velaran por la seguridad de la colonia, pasó revista á los soldados que le quedaban.

Formaron delante de él, en la gran explanada de Zempoala, mil infantes y cien ginetes.

Envió á Juan Velazquez de Leon con doscientos hombres á explorar la provincia de Pánuco, que se habia levantado y que convenia someter á su obediencia.

Hernan Cortés envió un indio zempoale á Pedro de Alvarado para que le anunciase su próxima llegada y el triunfo que habia obtenido de Pánfilo de Narvaez.

Acto continuo dió la orden de partir á marchas forzadas, y esta orden fué recibida por su ejército con la mayor alegría.

A los dos dias llegó á Tlaxcala con todo su ejército, y su entrada en aquella ciudad fué una nueva ovacion.

El presidente del senado, Magiscatzin, hospedó á Hernan Cortés en su casa.

Los demas senadores imitaron su ejemplo con los capitanes, y tambien alcanzó la prodigalidad de los tlaxcaltecas á los soldados.

Hernan Cortés, conociendo que necesitaba refuerzos para asegurar el triunfo en México, refirió á Magiscatzin las noticias que habia tenido, y sin pedirle auxilio le inspiró la idea de ofrecérsele.

Los tlaxcaltecas odiaban á los mexicanos, y deseaban su ruina.

El senado de Tlaxcala resolvió reunir el mayor número de tropas posible, con ánimo de ponerlas á las órdenes de Hernan Cortés, porque le halagaba en extremo la idea de que perdiese en importancia la ciudad de México, que era en aquel vasto país la que preponderaba.

Hernan Cortés, despues de haber despertado aquel deseo en los tlaxcaltecas, cuando le ofrecieron crecido número de hombres para que le ayudasen en su empresa, se negó á aceptar su concurso, asegurando que bastaban las tropas que llevaba para triunfar de los mexicanos.

Los tlaxcaltecas insistieron, y Hernan Cortés, simulando que por no desairarlos aceptaba las fuerzas que le brindaban, sólo consintió que se unieran á él dos mil tlaxcaltecas.

No pudiendo detenerse, continuó la marcha con aquel refuerzo. A pesar de las noticias que tenia y de las fuerzas con que contaba, no era su ánimo entrar en México en son de guerra.

Por el contrario, deseaba la paz, y se proponia, si los españoles habian dado motivo á que se rompieran las hostilidades, hacer una transaccion decorosa con los mexicanos.

Llegó á México el dia de San Juan, sin que hubiese encontrado en el camino obstáculo alguno.

Las noticias que le daban eran en extremo contradictorias.

Al llegar pudo convencerse de que habia cambiado por completo la actitud de los mexicanos.

Atravesó con su tropa la laguna, sin que encontrase oposicion de ningun género.

Pero vió deshechos y quemados los dos bergantines que habia dejado allí.

Halló desiertos los arrabales, destruidos los puentes que servían de comunicacion á las calles de la ciudad, por la parte que eligió para entrar, que era la más próxima al cuartel de los españoles, en medio de un silencio que tenia mucho de fúnebre.

Seis dias habian trascurrido desde el famoso de la fiesta de los mitotes.

En todo este tiempo no se habian visto obligados los españoles á salir á buscar víveres, porque tenian provisiones; y los mexicanos no les habian atacado, porque conocian lo inútil de cualquiera tentativa, y esperaban que la necesidad les obligase á salir á las calles para batirse entónces con ellos.

Supieron que se acercaba Hernan Cortés, y entónces fue cuando acordaron destruir los puentes y quemar las embarcaciones.

El bellissimo panorama que ofrecia la ciudad de México estaba cubierto de una negra nube.

No veian los españoles aquella hermosa ciudad entónces de la misma manera que la vieron por la primera vez.

Aquel fúnebre silencio que reinaba en todas partes, aquellos puentes rotos, áquellas casas cerradas, todas aquellas medidas indicaban el recelo, el odio, el proyecto de una lucha cuyas consecuencias no podian calcularse.

Los soldados de Pánfilo de Narvaez que llevaba á sus órdenes Hernan Cortés, admiraron la belleza del paisaje, y se mostraron deseosos de entrar cuanto ántes en la ciudad.

Hernan Cortés, observado cautelosamente por sus enemigos, llegó al cuartel, y apenas le descubrieron los españoles, prurupieron en gritos de alegría, abrieron las puertas y las ventanas, y salieron al encuentro de sus hermanos.

Todos se abrazaron con efusion y los recién llegados comunicaron su alegría á los que veian acercarse el momento de perecer sitiados por hambre.

Moctezuma, que estaba sobrecogido, sin saber qué partido

tomar, y deseando más que nada la llegada de Hernan Cortés, apenas se informó de su arribo, salió con los pocos criados que le acompañaban hasta el primer patio.

Tendiendo sus brazos al caudillo de los españoles con verdadera efusion, y derramando lágrimas de alegría, porque no dudaba que Hernan Cortés pondria término á aquella lucha, que ya habia herido de muerte su corazon por la inmensa tristeza que le habia producido:

—Bien venido seais, exclamó; bien venido seais vos, que venís á devolver la paz á mi reino y á facilitarme los medios de hacer entender la razon á mis servidores, y á castigar á los díscolos que han incitado á los mexicanos contra mi voluntad á romper las hostilidades con mis amigos.

Hernan Cortés, que no esperaba hallar tan rendido al emperador, dominado por un natural exceso de amor propio, sin aceptar los brazos que le tendia Moctezuma:

—Antes de corresponder á vuestro saludo, le dijo, necesito averiguar la verdadera causa de lo que aquí ha pasado, porque si no habeis tenido bastante energía para reprimir á vuestros vasallos, yo necesito reemplazaros y enseñarles á tratar con comedimiento á los españoles. Si habeis fomentado la insurreccion, no pueden existir relaciones amistosas entre nosotros dos.

Moctezuma sintió aquel desaire; pero no era ya ni su sombra.

—Averigüad la verdad, le dijo, y os convencereis de mi lealtad.

El emperador se retiró á su aposento profundamente consternado.

Meditando en sus desventuras estaba, cuando sus servidores fueron á avisarle que habia alojado Hernan Cortés en el cuartel más de ochocientos hombres, y que habia noticias de que en los alrededores de la ciudad tenia á sus órdenes dos mil tlaxcaltecas.

—Esa es la causa, exclamó Moctezuma, del desprecio con que me trata.

¡Oh! . . . Yo me tengo la culpa de todo lo que me sucede.

Me he dejado dominar, y ya es tarde para romper las cadenas.

Abandonado de mi pueblo, despreciado por el hombre à quien he sacrificado todo mi prestigio, solo me queda asistir al horrible espectáculo de la destruccion de mi pueblo, para buscar despues una sepultura entre sus ruinas.

Aunque era tarde, y sin hablar con Marina, no quiso Hernan Cortés descansar sin averiguar ántes todo lo que habia sucedido, y al efecto llamó á Alvarado y á los oficiales que habia dejado en su compañía, y en presencia de los que le acompañaban le interrogó.

Apénas se enteró de lo que habia ocurrido, reprendió fuertemente á Pedro de Alvarado por haber aventurado el éxito de la lucha, y no haberse quedado en el cuartel para defenderle, que era, dada la escasez de tropa con que contaba, el partido que aconsejaba la prudencia.

—Conozco que he obrado con ligereza, contestó Alvarado; pero ¿qué quereis? Llegué á figurarme por un momento que nuestro arrojo desbandaria á esa gente.

—No nos conviene luchar con ellos, y por mi parte, aunque hoy, gracias á la Providencia, tengo fuerzas bastantes, no solo para atacarlos, sino para vencerlos, deseo la paz, y he de poner los medios de obtenerla.

—Uno se me ocurre por de pronto, dijo Alvarado.

Vuestra bondad hácia mí os impulsa á perdonar mi ligereza.

Yo os lo agradezco, y bien sabeis que si los hechos no han correspondido á los deseos, no ha sido por culpa mia.

Pero si me arrestárais, si apareciera yo castigado á los ojos de los mexicanos, tal vez vendrian ellos mismos á proponeros la paz, y quedaríais satisfecho.

—De ningun modo, exclamó Hernan Cortés; eso seria debilidad.

Bien hecho está lo hecho.

Si os he reprendido por haber sido arriesgado, no puedo ménos de reconocer vuestro valor y de aplaudirle.

Las noticias que tenais de los proyectos de los conjurados eran suficiente motivo para que tomáseis la resolucio que habeis tomado.

Yo defenderé vuestra conducta y pediré explicaciones.

Esto es lo que cumple á los que como nosotros sienten en su alma la fe de cristianos y el valor de los caballeros.